

CAPÍTULO I

Los chicos en el colegio

Las vacaciones de verano habían terminado y se iniciaba un nuevo año escolar. La noche de la víspera, Paulo jugaba gameboy antes de irse a dormir, cuando su mamá le dijo:

—Ya guarda ese aparato y apaga la luz.

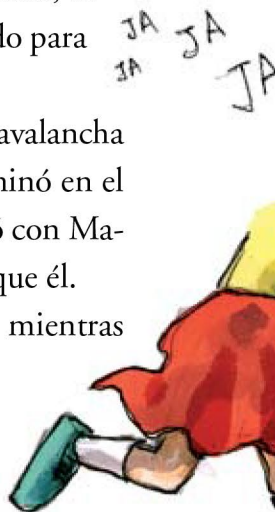
—Mamá, una batalla más, por favor.

—Ni una más... mañana es tu primer día de colegio y no debes llegar tarde.

Ella le dio el beso de las buenas noches. Por supuesto, Paulo se quedó despierto dos horas más —escondido entre las sábanas— hasta ganar la última batalla. Al día siguiente, se levantó con las justas para ir al colegio, hizo todo rápido para que el bus no lo dejara.

Mientras caminaba al paradero, sintió que una avalancha le venía encima. No tuvo tiempo de reaccionar y terminó en el piso con todo tirado. Al mirar hacia arriba se encontró con Marion, la antipática del barrio, que era un poco mayor que él.

—¡Muévete, que me deja el bus! —ordenó ella, mientras le pasaba por encima para poder subirse.



—¡Voy a llegar tarde por tu culpa! —gritó él.

—Chau, Neutronciiiiito, que te vaya bien —se burló ella desde la ventana del bus, que reiniciaba su marcha.

Paulo vio a sus compañeros reír detrás de las ventanas y se sintió avergonzado. Estaba harto de su apodo, lo venían fastidiando así desde el año pasado. Se levantó furioso y humillado, y lo primero que recogió fue su gameboy. Corrió unas quince cuerdas para llegar lo antes posible al colegio, pero su esfuerzo fue inútil: el director ya lo esperaba con el reloj en la mano.

—¡Señor Paulo, son las 8:20 de la mañana! ¡Este nuevo año escolar no voy a permitir que llegue tarde! ¡Además: no quiero ver ese jueguito que tiene usted en la mano! ¡Todos los años es lo mismo!

—Le juro que no volverá a suceder —murmuró con la cabeza gacha.

—Por ser el primer día, lo perdono —dijo el director seriamente y le ordenó—: ¡Vaya a su clase!

Mientras tanto, Roberto, de cuarto de secundaria, al volver a su salón y pasar por tercero, escuchó al profesor que presentaba a una nueva alumna. Se detuvo en la puerta a mirar.

—Ella es Cristina —decía el profesor—. Sus padres han sido transferidos por trabajo. Espero que la ayuden en todo lo que necesite.

Cristina se sintió incómoda, pero contenta. Con una mirada rápida se cruzó con los ojos verdes de Roberto, quien la observaba desde el corredor. «Qué chico más churro», pensó ella. Turbado y contento, Roberto caminó hacia su salón.

Transcurrió la mañana y todos los chicos fueron acomodándose a sus nuevos compañeros y a sus nuevas clases. Llegó la hora del recreo y, en medio de todo este bullicio, jugando con su pelo rubio, Marion conversaba con sus amigas.

—Y, chicas, ¿qué planes para el fin?

—Parece que hay reunión en casa de Mónica —dijo Claudia.

—Pero es una pava, lo que es yo, no pienso ir —comentó despectivamente Marion y ellas rieron.

Cristina pasó por ahí, algo perdida en el corredor y ellas la miraron de arriba abajo. Se sintió fastidiada, pero no les hizo el menor caso y siguió su recorrido por el colegio. Estaba fascinada, porque a pesar de que el colegio se encontraba en medio de la ciudad, se podían divisar las montañas a lo lejos. Sintió que era como estar en una jaula en medio de la naturaleza.





Luego, cruzó una construcción de ladrillos rojos y áreas verdes para hacer deporte, y se encontró con un niño menor que ella que estaba leyendo solito bajo un árbol. Le sorprendió que no estuviera jugando con los demás chicos.

—¿Qué lees? —le preguntó.

—Un libro de Ciencias Naturales. Me encanta saber sobre la evolución y la conservación. ¿A ti te gusta leer?

—Sí... me encanta la literatura y además escribo poemas.

—¿De qué tipo?

—De amor... como Neruda, por ejemplo.

—Algún día quisiera que me los leyeras.

—Encantada —dijo ella. Hizo una pausa y le preguntó: ¿Por qué no estás con tus amigos?

—No tengo muchos, pero tengo un perro que se llama Calé. Él sí es mi pata del alma.

—¿Cómo te llamas?

—José, ¿y tú?

—Yo soy Cristina, estoy en tercero de media.

Sonó el timbre y ambos se fueron corriendo a sus aulas.

Al final de las clases el director anunció por los altoparlantes que el sábado subsiguiente habría una kermés en el colegio. El gran premio de la rifa sería un paseo en globo por las montañas. Los chicos aplaudieron entusiasmados, pues era la primera vez que el colegio organizaba una actividad tan emocionante.

Cuando llegaron a sus casas, nadie dejó de contar a sus padres esta maravillosa noticia. Y llenos de expectativa esperaban que pasen los días...

Marion seguía diciéndole «Neutronicito» a Paulo cada vez que lo veía pasar y sólo conversaba con sus amigas sobre qué chico conquistaría el fin de semana. Pasaba horas probándose ropa que luego dejaba tirada en su cuarto, lo cual volvía loca a su mamá.

Roberto compartía con sus padres la ilusión del paseo. Siendo tan aventureros, ellos se sentían muy felices por él.